

desórdenes á que se habian entregado, en la torre de Nesle, segun hemos dicho ántes.

Una revolucion completa se habia operado en el espíritu y en el corazon de la jóven Blanca de Berry.

Caboche le causaba ya horror, y tomó el velo el año siguiente, sin manifestar el menor pesar por el mundo, que dejaba así tan jóven y tan bella.

Juan de Berry habiendo muerto sin hijos varones, el palacio de Nesle y sus dependencias volvieron al dominio de la corona.

Entónces cesó durante algun tiempo de ser una morada de señores.

La guerra contra los ingleses dió á Paris un aspecto completamente militar, el palacio de Nesle se convirtió en una fortaleza con guarnicion, siendo la posicion de tan buena defensa como el Louvre y la Bastilla de San Antonio, fortalezas que se reputaban entonces como inespugnables.

Caboche rugió de furor al saber que Blanca habia entrado de religiosa, y se ha visto ántes en la relacion de los acontecimientos politicos en los cuales tomó parte, que continuó siendo el mas temible de los asesinos que durante veinte años ensangrentaron la capital.

XVI.

Muerte del duque de Borgoña Juan-sin-Miedo.—Venganza y desastres.—Los ingleses en la torre de Nesle.—El palacio de Nesle bajo Cárlos VII, Luis XI y Cárlos VIII.—El palacio de Nesle bajo Francisco I.—Benvenuto Cellini en el palacio de Nesle.—La duquesa de Etampes en la torre de Nesle.

La Francia desgarrada, torturada por la guerra civil, intentaba en vano hacer frente á los ingleses.

Cárlos V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los disturbios interiores, toma á Rouen y marcha victorioso sobre Paris.

El delfin y el duque de Borgoña, en presencia de tan gran peligro, piensan unirse para batir al enemigo comun; se dan una cita para el puente de Montreuil, y los dos se dirigieron á él en efecto con una comitiva poco numerosa; pero apenas aparece el duque de Borgoña cuando cae herido mortalmente por Tanguy-Duchatel, uno de los diez oficiales que acompañaban al delfin.

De esta manera se hace imposible toda conciliacion; Felipe el Bueno, hijo de Juan-sin-Miedo, no pensaba ya mas que en vengar la muerte de su padre; trata con el rey de Inglaterra Enrique V, de acuerdo con la reina Isabel, que traicionaba así á la vez á su esposo, á su rey, á su hijo y á su país; introduce á los ingleses en Paris, y el parlamento asociándose bajamente á esta infame traicion, publica un decreto que declara al delfin relegado de sus derechos á la corona y reconoca á Enrique V como el único heredero legítimo de Cárlos VI.

Desde luego los ingleses fueron dueños absolutos del reino, á escepcion de la pequeña parte que el delfin, á la cabeza de algunos hombres de corazon, defendia de una manera que hacia olvidar las faltas y las debilidades de todo género de que se habia hecho culpable.

Sin embargo, á pesar de la presencia del enemigo en sus muros, los parisien-
ses se defendian aún militarmente: ocupaban el Louvre, la Bastilla, el palacio de Nesle.

El celo de los parisienses parecía aumentar á medida que la posición se hacía mas difícil y acaso no habria bastado mas que una tentativa de su parte para reconquistar la Francia, cuando el rey de Inglaterra obtuvo de Carlos VI, una orden para que los habitantes de Paris depusieran las armas y entregasen á sus buenos amigos y protectores los ingleses, los fuertes que ocupaban.

Este día fué para Paris un día de afrenta y de dolor: la milicia que guardaba la puerta de Nesle, el palacio y la torre del mismo nombre rehusó al principio obedecer la orden real, y cuando los ingleses se presentaron en este punto fueron recibidos con descargas de arcabuz.

Pero las municiones de estos bravos ciudadanos se acabaron muy pronto, carecian de víveres, y el parlamento declaraba crimen de lesa-magestad toda resistencia á Enrique V.

Fué preciso obedecer: la guarnicion del palacio de Nesle salió de este fuerte con sus armas y bagages, y fué á alinearse tristemente bajo los muros.

Repentinamente estalló entre estos valientes una esplosion de indignacion; se lanzan hácia la torre, donde acababa de enarbolarse el pabellon inglés, se apoderan de él y lo arrojan al lodo.

Despues, no pudiendo batir á los arqueros que desde lo alto de las murallas hacen llover sobre ellos una lluvia de dardos, destrozán sus armas y se dispersan.

Nunca tantos males á la vez habian agobiado á la Francia.

“No se podía trabajar sin sembrar en ninguna parte, dice el autor del *Diario de Paris*, frecuentemente se daban quejas á los señores y príncipes, que no hacian mas que reirse y burlarse de todo, haciendo de esta manera á sus súbditos peores; la mayor parte de los labradores cesaron de trabajar y desesperados abandonaron á sus mugeres é hijos diciendo uno á otro:—¿Qué harémos? Demos todo al diablo.

“—Nada, nada nos importa lo que seamos, igual es hacer lo malo que lo bueno. Mas nos valdrá servir á los moros que á los cristianos, y para estos hagámonos lo mas malo que podamos.

“—De cualquiera manera si no nos matan, nos ahorcan, porque por el falso gobierno de estos traidores, tenemos que renegar de nuestras mugeres é hijos y huir á los bosques como bestias feroces.”

En el mes de Agosto de 1422, Enrique V muere, no dejando mas que un hijo de pocos meses: esta muerte es seguida á poco de la de Carlos VI, y los ingleses, siempre dueños de Paris, hacen proclamar á Enrique VI rey de Francia.

La situacion del delfin parecia desesperada; sin embargo consiguió hacerse coronar en Poitiers, bajo el nombre de Carlos VII, al mismo tiempo que atraia á su partido al duque de Bretaña; pero esto no contuvo los triunfos de los ingleses, que reunidos á los burguñones, vinieron á poner sitio á Orléans, una de las pocas ciudades que pertenecian aún á Carlos.



Todo parecía estar perdido, cuando tres mugeres vinieron en ayuda de la patria y del rey: eran la reina Margarita de Francia, Inés Sorel y Juana de Arco.

Las dos primeras animadas por el amor de la patria, hacen pasar su ardimiento al alma de Carlos VII y de los capitanes que lo siguen: la tercera se presenta delante del rey, le cuenta una vision celeste en la cual Dios la ha escogido para librar à su país de la invasion estrangera, y pide marchar al momento contra los ingleses.

Nada mas sublime que esta humilde hija de Domremy, que se cree llamada por el cielo mismo, para convertirse en el instrumento de la victoria y de la salvacion de su país.

Juana cumple en efecto todas las promesas de su entusiasmo: bate à los ingleses, los obliga à levantar el sitio de Orléans y conduce à Carlos à Reims donde se hace consagrar.

Al terminar esta ceremonia, Juana, llamada la doncella de Orléans, à causa de sus primeras hazañas en esta ciudad, se aprocsimó à Carlos y le dijo:

—Gentil rey, ya se ha cumplido la voluntad de Dios, que deseaba que vinieis à Reims à recibir vuestro digno sacramento, mostrándoos que sois verdadero rey y aquel à quien el reino debe pertenecer.

En seguida añadió que su mision habia terminado y pidió permiso para retirarse; pero el rey rehusó el dejarla partir: conoció que su presencia era todavia necesaria al ejército para nutrir la esperanza y la confianza del soldado.

Ella permaneció allí y continuó combatiendo; pero se acercaba el tiempo en que un cruel revés debía hacerla espiar sus triunfos: el 25 de Mayo de 1430, à ménos del año de la consagracion del rey, Juana de Arco que se habia encerrado en la ciudad de Compiègne, sitiada por los burguñones, fué hecha prisionera en una salida, despues de haber combatido con su valor acostumbrado.

Los burguñones la vendieron à los ingleses, que la condujeron à Rouen, la acusaron de magia, y la condenaron à ser quemada viva.

Sufrió su suplicio en presencia de los mismos ingleses, à quienes su bandera blanca, siempre à la cabeza del ejército, habia acobardado tantas veces.

La hoguera fué para la víctima un altar de donde se lanzó para ir à la inmortalidad, mientras que la infamia de este suplicio, manchó para siempre à sus verdugos.

Se llena uno de indignación al pensar que Carlos VII abandonó à esta infortunada à quien debia su corona, y no hizo la menor tentativa para arrancarla de las manos de los enemigos, sobre los cuales su admirable valor le habia dado tantas veces la victoria.

Sin embargo, este crimen no hizo mas que acelerar la ruina de los ingleses en Francia.

Todas las provincias se levantaron por un arranque espontáneo para marchar

contra ellos; el mismo duque de Borgoña los abandonó y un tratado de paz entre él y Carlos VII, fué firmado en Arras en 1435.

La muerte de la reina Isabel de Baviera, acontecida en la misma época, fué también un obstáculo ménos para el restablecimiento de la paz: sin embargo hasta dos años despues fué cuando Paris abrió sus puertas al rey.

Los habitantes estaban cansados de las facciones y se encontraban entónces agobiados bajo el yugo de la inquisicion mas sospechosa y mas cruel.

Algunos atrevidos se aprovecharon del tiempo en que el condestable de Richemont acababa de batir á los ingleses en San Dionisio para tratar con él.

No tuvieron necesidad para convenir con él mas que de algunas conferencias.

Pidieron una amnistia general para sus conciudadanos y la confirmacion de sus privilegios.

Habiendo sido concedido todo por el rey, en un dia convenido favorecen el asalto en las murallas, rompen las cadenas de los puentes levadizos, é introducen al condestable por la puerta de Saint-Jacques.

—Amigos míos,—decia á los habitantes que lo saludaban con exclamaciones de alegría,—el buen rey Carlos os dá las gracias cien veces y yo por él, de que tan suavemente lo habeis hecho dueño de su reino, y si alguno, de cualquier estado que sea, ha trabajado en contra del rey, esté ausente ó no, todo se le perdona.

Al dia siguiente todo estaba tranquilo en Paris, y los víveres llegaban en abundancia.

El mismo dia por orden del condestable, esperando que el rey ordenase de otro modo, la justicia volvió á tomar su curso.

El parlamento no tuvo sin embargo, su complemento, hasta algunos meses despues, por la reunion de los magistrados en Poitiers.

Sin embargo la guarnicion que los ingleses mantenian en Paris, se habia refugiado en gran parte en la Bastilla.

“Pero, dice un cronista, se hallaron muy afligidos cuando se vieron encerrados ahí adentro; porque habia tantos que todo estaba lleno, y habrian perecido de hambre, si no hubiesen conseguido del condestable un salvo-conducto y evacuaron la plaza el martes 17 de Abril.”

La guarnicion inglesa del palacio de Nesle no salió tan bien librada: los estudiantes que se habian reunido en el Prado de los Clérigos, querian que los ingleses se rindiesen á discrecion y todos los esfuerzos del condestable para evitar una coalicion fueron inútiles.

—Deponed las armas,—gritaba á los soldados,—ó nadie saldrá de aquí vivo.

El comandante, rehusábase á salir así con las manos y piés amarrados; se resolvió el asalto, no un asalto regular, meditado, cuyos resultados están previstos, sino un asalto á la parisiense, sin orden, sin plan; pero violento, irresistible.

No habia una sola escala al comenzar el ataque, y diez minutos despues ha-

bia cincuenta apyaodas contra las murallas; faltaban armas, pero habia piedras, palos, manos, piés, uñas y dientes, y todos se sirvieron de esto con tanto ardor, que despues de dos horas de combate las murallas eran escaladas, las puertas derribadas, y aquellos ingleses que no habian sucumbido bajo los golpes de los vencedores, huian por todas las salidas, y ganaban el campo como liebres perseguidas por una turba hambrienta.

Así libertado de la dominacion estrangera el palacio de Nesle, fué por una especie de compensacion el precio del valor y de los triunfos guerreros: Carlos VII, por cartas fechadas en Rusilli cerca de Chunon el 12 de Mayo de 1416, regaló esta magnífica habitacion á su sobrino el conde de Richemont, duque de Bretaña, para recompensarle los servicios que habia prestado durante la guerra.

Este duque habiendo muerto, sin dejar hijos varones, el palacio de Nesle, volvió de nuevo al dominio de la corona.

El 18 de Septiembre de 1461, Luis XI hizo donacion de este palacio al nieto de Juan-sin-Miedo, Carlos, conde de Charolais y duque de Borgoña, que aceptó la donacion y fué á establecerse en este espléndido palacio, que recobró entónces todo su brillo; pero diez y seis años mas tarde, este duque habiendo sido muerto delante de Nancy, el rey volvió á recobrar la donacion que habia hecho.

Partiendo de esta época hasta 1540, el palacio de Nesle fué completamente abandonado.

Ningun señor era entónces tan poderoso para entrar en lucha con la autoridad real, y por consiguiente no tenia necesidad de un castillo fortificado en Paris.

Habiendo muerto el último representante de la feudalidad, nadie se encontró ya digno de habitar una mansion feudal, que por su aspecto de fuerza y de grandeza recordaba una época de hierro y de lucha, y hacia sentir demasiado su inferioridad á los elegantes y afeminados señores del siglo XVI.

Bajo el reinado de Francisco I el preboste de Paris Roberto de Estourville, hallando á su gusto el palacio de Nesle, se apoderó de él sin haber pedido permiso á nadie; pero como no tenia una servidumbre bastante numerosa para ocupar este vasto palacio, se instaló en la *Habitacion de Nesle* llamada entónces el *Pequeño Nesle*, y reservó el *Gran Nesle*, á fin de gozar de sus magníficos jardines, del juego de pelota que habia hecho construir el duque de Berry, y de tener también una salida para el rio.

“Ah! dice Alejandro Dumas en sus *Memorias*, si algunos escritores hubiesen hecho por los siglos pasados lo que yo procuro hacer para el XIX, cuántos trabajos, estudios, investigaciones me habrian ahorrado!”

Esto quiere decir, si no nos engañamos, que Mr. Alejandro Dumas, habria tomado sin dificultad en los trabajos de esos escritores lo que le hubiera conve-nido, diciendo como Molière: *Tomo lo que me conviene, donde lo encuentro.*

Debemos, pues, creer que el célebre autor de *Antonia* hallará bueno que hagamos con él, lo que habria querido hacer con sus predecesores, y que nos per-

mitirá contar, sino con su elocuencia inimitable, al ménos con su veracidad histórica, como se quitaron al preboste de París el palacio y la torre de Nesle y no se ofenderá si nos tomamos la libertad de citarlo testualmente.

“En 1520, dice Mr. Dumas, la torre de Nesle de sangrienta y lúbrica memoria, habia sido separada del palacio para formar el muelle, el puente sobre el foso y la puerta de Nesle, de suerte que la sombría torre habia permanecido sobre la orilla del rio, aislada y lóbrega como una pecadora que hace penitencia.

Pero esta morada era felizmente demasiado vasta para que esta supresion no se notase.

El palacio era grande como una ciudad: una alta muralla, provista de un ancho porton ojival y de una pequeña puerta de servicio, la resguardaban del lado del muelle.

Se entraba primero en un patio estenso todo rodeado de paredes; esta segunda muralla cuadrangular tenia una fuerte ala izquierda y otra en el fondo.

Si se entraba por la puerta de la izquierda se encontraba un pequeño edificio de estilo gótico del siglo XIU: era el Pequeño Nesle, que tenia al sur su jardín separado.

Si se pasaba por el contrario, por la puerta del fondo, se veía á mano derecha el Gran Nesle, todo de piedras y flanqueado por dos torrecillas, con sus techos agudos llenos de balastradas, su fachada angulosa, sus altas ventanas, sus vidrios de colores y sus veinte veletas girando al viento, habia allí lugar para alojar á tres banqueros de hoy.

Despues si se sigue andando se perdía uno en una multitud de jardines y terrados, y se encontraba en los jardines un juego de pelota, de raqueta, una fundición, un arsenal, despues de lo cual venian las caballerizas, los establos, los corrales: habia allí sitio para que cupiesen tres granjas de nuestros dias.”

Tal era el palacio de Nesle en 1540 cuando Benvenuto Cellini, el célebre platero, el artista inimitable con cuya amistad se honraba Francisco I, rogó al rey que le diese esta vasta habitacion.

—Señor,—le dijo un dia que el monarca habia ido á visitarlo,—estoy mal en este estrecho palacio para trabajar. Uno de mis discípulos ha encontrado una morada mejor dispuesta que esta para las grandes obras que mi rey puede encargarme. Esa propiedad pertenece á V. M., es el Gran Nesle. Está á la disposicion del preboste de París; pero no lo habita: ocupa solamente el Pequeño Nesle, que le cederé con mucho gusto.

—Y bien, Benvenuto,—dijo Francisco I,—instalaos en el Gran Nesle y no tendré mas que atravesar el Sena para ir á conversar con vos y admirar vuestras hermosas obras.

Benvenuto Cellini, habiendo hecho estender el acto de donacion, se dirigió al palacio de Nesle y comenzó por reconocer la plaza para ver sus lados débiles,

porque habia declarado altamente que si el preboste se rehusaba entregarle esta habitacion, la tomara á viva fuerza.

Advertido de lo que pasaba, Roberto de Estourville, se habia puesto en guardia; porque si el artista habia resuelto tomar el palacio, él estaba tambien decidido á no dejarlo entrar y á defenderse vigorosamente, lo que era fácil, teniendo el Gran Nesle almenas, doble muralla del lado de la plaza y ademas los fosos y las murallas de la ciudad del lado del Préaux-Clercs.

Era una de esas imponentes mansiones feudales que podian perfectamnte defenderse por sí mismas, con tal que las puertas estuviesen sólidamente cerradas y rechazar sin socorros de afuera, á los ladrones y aún á las gentes del rey; porque así sucedia en esta época divertida, en que se veía uno frecuentemente obligado á servir de policía y de soldado.

El preboste tenia continuamente cerca de sí, ademas de sus servidores, veinticuatro heraldos de armas, mientras que el artista no tenia para dominarlo mas que una docena de discípulos.

Pero Benvenuto Cellini estaba dotado de esa fuerza de voluntad que basta casi siempre para vencer los mayores obstáculos.

Cuando hubo terminado su reconocimiento, fué á llamar á la puerta pequeña del palacio.

Un postigo se abrió y un soldado de planton del interior preguntó al artista qué se le ofrecía.

Benvenuto respondió tranquilamente, que habiéndole hecho el rey donacion del palacio de Nesle, venia á tomar posesion de él, y á fin de que no se pudiese dudar de lo que decia, remitió á través del postigo el acta de donacion al soldado, á fin de que fuese á presentarla á su señor.

Roberto de Estourville leyó el acta, la rompió y mandó al sargento volver los pedazos al audaz italiano, diciéndole que no tenia que darle otra respuesta.

De vuelta en su casa, el artista reunió á sus discípulos, les contó lo que acababa de pasar, les dió parte de la resolucion que habia tomado de recurrir á la fuerza y les preguntó si podia contar con ellos para secundarlo en esta empresa.

Habiendo respondido todos afirmativamente y con entusiasmo, se prepararon escalas, cuerdas, armas, y se decidió que al siguiente, dia domingo, á la salida de la misa se iria á poner sitio al Gran Nesle.

Todo el mundo estuvo levantado desde muy temprano; á la hora, Benvenuto pasó revista á su pequeña tropa, y todos se pusieron en marcha de dos en dos, y bastante retirados unos de otros para no llamar la atencion, y muy pronto llegaron delante del palacio de Nesle.

Ahi, Benvenuto Cellini llamó de nuevo á la puerta y pidió que se le pusiese en posesion de esta morada; despues, habiéndose vuelto á cerrar el postigo sin que le hubiesen contestado, puso su pañuelo en la punta de su espada y agitándolo al aire exclamó:

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. I.